

VII

Entre las cualidades que adornaban el espíritu de Zorrilla y que hicieron de él un singularísimo poeta que no puede compararse con ningún otro, cuento yo algo que me explica como posible y hasta como real la *harmonía preestablecida* de Leibnitz. Se diría que Zorrilla, con independencia de lo que perciben sus sentidos, y valiéndose de la riqueza de vocablos que posee y de sus diversas combinaciones, ha creado en lo íntimo de su pensamiento todo un mundo á su manera y para su uso. Y se diría que cuando Zorrilla siente las impresiones del mundo exterior, el mundo ideal que hay en su alma brota de ella, toma forma sensible en sus versos y se revela por estilo mágico. No se puede afirmar que este mundo ideal, creado por el poeta, sea fiel y exacto trasunto del mundo exterior, ó, mejor dicho, del concepto que del mundo exterior formamos por las impresiones que de él recibimos. Mucho de fantástico y de capricho-

so hay en el mundo de Zorrilla, pero también hay en él no poco de más hondo y de más arcano que cuanto la experiencia y la vulgar observación descubren, y objetos tan remotos que no hay telescopio que hasta ellos llegue, y cosas tan sutiles que los microscopios de más poder nunca las manifiestan.

Lo que á veces nota Zorrilla y luego nos describe en sus versos tiene, por lo dicho, gran novedad y nos pasma y hechiza. De maravillar es la multitud de seres, de sonidos y de voces que él oye en el viento cuando choca contra los muros de algún torreón medio arruinado, ó penetra en él ó se extiende bramando ó gimiendo entre los árboles ó en los profundos valles y en las gargantas de las serranías. En las nubes el poeta advierte las más estupendas visiones: genios, trasgos, al mismo Lucifer, y por último á Dios, que viene en su carro lanzando rayos y centellas, y tal vez ocupado, al recorrer sus dominios, en examinar si se ha roto algún resorte ó si se ha descompuesto alguna rueda de la maquinaria del universo, ó si todo, según su mandado, sigue bien y moviéndose como en el primer día. En efecto, el Supremo Hacedor, entre nubes, visita la creación,

Y envuelto en los vapores, sus senos más profundos
Estudia y sus cimientos por sí caducan ya.

Convengo en que no tenemos derecho para hacer responsable de sus afirmaciones filosóficas á un poeta como Zorrilla, tan irreflexivo casi siempre y tan dominado y arrebatado por la inspiración de cada momento. Bien podemos, no obstante, dar aquí compendiosa noticia del modo con que las cosas todas, divinas y humanas, se reflejan en su espíritu y aparecen en sus versos, á pesar de no pocas contradicciones.

El Dios del poeta es más adusto y terrible que benigno y misericordioso. Los seres humanos, viciosos y pecadores, excitan con harta frecuencia su cólera. Resulta de aquí una representación del universo, del linaje humano y de su historia que nos desconso- laría en extremo y nos parecería muy pesimista si en todo ello no viésemos, más bien que la creencia religiosa y más bien que un convencimiento racional, un brillante juego de la imaginación arrebatada, que se complace y deleita en las más tremendas pinturas. La moda romántica hubo de entrar, además, por mucho en pinturas tales, que, tomadas por lo serio y consideradas como fiel trasunto de la realidad, deberían causar hondo terror á cuantos las leyesen. El

ángel exterminador, sobre todo, es tan espantoso personaje, según le describe Zorrilla, que el mismo Luzbel no puede ni debe infundirnos tanto miedo. Al demonio, al cabo, se le exorciza y ahuyenta con prescritos conjuros y determinadas señales; pero contra el ángel exterminador no hay recurso que valga. Dios le envía, y él cumple sus órdenes sin que nada le arredre ó le detenga. El alcázar donde vive este ángel en el remoto cielo, está circunstanciadamente descrito por el poeta. Un río de hirviente sangre corre al pie de sus negros muros. Allí hay hornos y fraguas encendidas, donde se forjan de continuo rayos para fulminar á la gente culpada. La peste, el hambre, la guerra y todo linaje de calamidades y de plagas están allí como encerrada ó atraillada jauría, que el mencionado ángel suelta sobre la tierra cuando tiene que hacer en ella algún fiero castigo. Allí, por último, se filtran y destilan mortíferas ponzoñas para atormentar con el remordimiento y con la hondísima pena del no logrado bien y de la desvanecida esperanza. Allí están las arcas del furor del cielo, la copa de la ira de Dios y la única amarga y venenosa lágrima

Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

Cuando sale el ángel exterminador de su alcázar, llamado por Dios para ejecutar alguna justicia, se suspenden en el empíreo los cánticos de gloria, tiembla todo sér vivo, y al paso del ángel vengador se desmenuzan y calcinan las estrellas. Ni pasa en silencio el poeta, sino que nos cuenta en resumen muchas de las hazañas de este ángel vengador, llamado Abaddón en lengua hebraica. Él abre las cataratas del cielo y anega al linaje humano con el diluvio, hunde á Faraón y á su ejército en el mar Rojo, reduce á cenizas ciudades enteras, destruye á Jerusalén con Tito, entra con Alarico en Roma, y, por último, cuando llegue el anunciado día de la ira, este ángel apagará y hará añicos todos los soles, aniquilará cuanto fué creado, y sólo quedará la *eternidad vacía*.

Ya se ve que en Zorrilla la fin del mundo es harto más terrible que la profetizada en el Apocalipsis. En el sagrado libro se anuncian, á la verdad, mil estragos y catástrofes; pero todo viene luego á tener término dichosísimo, porque la creación no perece, sino se renueva, se hermosea y se

purifica, sobreviniendo el reino de Dios y el triunfo de los justos y de los santos, y descendiendo del cielo á la tierra la nueva Jerusalén como gallarda esposa revestida de sus nupciales galas, para que en adelante se pueda decir que *no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; que de los ojos se limpiará toda lágrima, y que dejará de ser la muerte y habrá perenne vida*. Desde esto á la nada, á la *eternidad vacía*, que nos pronostica el poeta, hay enorme distancia.

Aunque lo que hemos expuesto no fuese la constante creencia de Zorrilla, sino tan sólo un efímero y lúgubre ensueño, todavía hemos de convenir en que no era muy buena la opinión que tenía del linaje humano ni muy halagüeña la esperanza en sus altos destinos. Todo había al cabo de sepultarse en el no ser, como ilusoria y abominable fantasmagoría.

Zorrilla, sin embargo, amaba su arte y deseaba con fervor la gloria que esperaba adquirir por su medio. Para adquirirla desechaba de su alma ambición y codicia. No aspiraba á ser más que poeta. Se conformaba á vivir como un mendigo para sobrevivir como Píndaro y Homero.

A lo que parece, si no hemos de entenderlo todo como vanas flores retóricas sin

consistencia, Zorrilla creía en su *misión*. Se juzgaba enviado de Dios, aunque la plenipotencia ó credencial y las *instrucciones* que tenía que cumplir en la tierra estén tan borrosas y oscuras que no acertemos á descifrarlas. A veces, sin dejar de considerarse como enviado, el poeta se considera como desterrado y castigado en este mundo sub-lunar:

Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

En el cielo fué un ángel que cometió no sabemos qué pecado, y Dios entonces le envió por aquí para que hiciese dura penitencia. Aquí la gente se entrega á mil deportes, deleites y vicios, y el poeta, en medio de gente tan viciosa,

Es lámpara sepulcral
Iluminando la orgía.

No por eso deja el poeta de tomar parte en ella, sacudiendo la melancolía y dejando de estar tétrico por algunos instantes. Entonces el poeta magnifica la orgía con su imaginación, nos la describe como si compitiese con las cenas de Baltasar y de Sardanápalo, y en contraposición de los goces y voluptuosos regalos de los que en el fes-

tín se recrean, nos pinta la horrible miseria de los menesterosos y desvalidos. Ricos y pobres, todos son dignos de la más honda conmiseración:

Unos cayeron beodos
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Para colmo de horror, no deja luego de aparecer en el muro algo semejante al misterioso letrero que descifró Daniel en Babilonia. Desde la sala del festín, que en el poco lujoso Madrid de entonces podemos suponer que estaba en la modesta fonda de Perona, nos lleva el poeta á una iglesia donde se celebran funerales, y sobre un túmulo está presente el cuerpo muerto. El hediondo cadáver es el *Mane, Thezel, Fares* de aquellos Baltasares de nuevo cuño.

La idea de la muerte es en el ánimo de Zorrilla obsesión espeluznante que le inspira *danzas macabras* más grotescamente fúnebres que la de Basilea, y cuadros de corrupción física y de podredumbre que sobrepujan por lo espantosos al que pintó Valdés Leal en el hospital de la Caridad de Sevilla. En la composición titulada *Á una calavera (fantasia)*, llega Zorrilla al más

delirante extremo de su fúnebre inspiración. El término de todo para el hombre es la nada; y el poeta, al entenderlo así, blasfema contra Dios y condena cuanto Dios ha creado, mirándolo como un asqueroso cementerio, sin otro fin ni propósito en la vida que el de atormentarnos y arrastrarnos á la muerte.

Por fortuna, las inspiraciones de Zorrilla son muy variadas, y cuando abandona el cementerio y le olvida, se nos muestra lleno de amenidad y á veces hasta de contento. Nada más animado, más rico de confianza en el propio valer, ni más encendido en el fervoroso amor de la gloria que los versos de *La noche de invierno*, dedicados al pintor Villamil. El poeta le dice:

Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores
Y yo te los cantaré.

En efecto, cuando el poeta se aparta de lo sepulcral y sigue más agradables caminos, produce obras narrativas y descriptivas de prodigioso encanto y de originalidad extraordinaria. Nada de extranjero, ni francés, ni inglés, ni alemán, ni italiano, se recuerda al leerlas. Todo tiene un hondo é

indeleble sello castizo; mas no por eso se advierte la más leve huella de rebuscada imitación de nuestra antigua poesía. Lo castizo aparece en Zorrilla brotando radicalmente de lo más hondo de su naturaleza española, sin nada intermedio que le sirva de pauta ó de modelo. Hasta las que llama *Orientales*, aunque tienen no pequeña analogía con los *Romances moriscos*, lucen con una pompa y con una gracia verdaderamente nuevas. Sea bellissimo ejemplo de esto la linda historia del enamorado y generoso capitán de gomeles y de la hermosa dama leonesa que el capitán llevaba cautiva.

En las descripciones del paisaje suele ser inimitable el poeta. Su entusiasmo y sus ponderaciones hiperbólicas, que críticos severos y prosaicamente dialécticos, suelen condenar por vacías de sentido, poseen para mi gusto un sentido riquísimo que á ellos se les escapa. Así, cuando saluda á Granada diciendo:

¡Salve, oh ciudad en donde el alba nace
Y donde el sol poniente se reclina,
Donde la niebla en perlas se deshace
Y las perlas en plata cristalina!

Nadie niega que en todas partes, y no

sólo en Granada, amanece, anochece, se liquida la niebla y hay rocío, fuentes y arroyos; pero lo que el poeta quiere expresar, y á mi ver expresa, es que todo esto se verifica en Granada por manera más encantadora que en los demás lugares, y es allí ejemplar, pasmoso y supremo.

A menudo Zorrilla se extiende en las descripciones; pero yo jamás le hallo cansado, y rara vez la abundancia y facilidad de su estilo degenera en palabrería. Por el contrario, Zorrilla en ocasiones pinta con un solo rasgo feliz todo un cuadro. Así cuando supone que los moros ó los descendientes de los moros fugitivos de Granada recordarán ó hablarán de la Alhambra y del Generalife

En el desierto, á la sombra
Del fardo de sus camellos.

La nota patriótica posee singular resonancia en la trompa épica y en la lira de Zorrilla. Sobrado arrogante y engreído suele parecernos hoy el poeta; pero tal defecto, si lo es, debe perdonársele por la candida buena fe de que procede y porque el ánimo español colectivo no era presa aún del abatimiento en que nos han hundido crueles desengaños y recientes infortunios.

Todavía, no obstante, se comprende y hasta se comparte la jactancia de Zorrilla en sus versos á Napoleón. Aquel conquistador glorioso pudo grabar su nombre en las Pirámides, pero no acertó á grabarle de un modo persistente en ningún monumento de nuestra tierra.

No tiene, no, el león de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano:
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admite el nombre, ni buril, ni mano.

Hemos titulado estos artículos *sobre la poesía lírica y épica*, pero debe entenderse que la palabra épica está tomada en su significado más amplio. Aquí conviene hacer una distinción. La narración épica, en que todo el esfuerzo humano, con el auxilio de los poderes celestiales y con la oposición del infierno ó de dioses contrarios, realiza colosales empresas que importan al predominio y al triunfo de una religión, de una raza ó de una nacionalidad al menos, es una clase de poesía propia de los tiempos primitivos y que apenas puede darse con espontaneidad en la edad presente, sino sólo por estilo rebuscado y artificioso. Y como Zorrilla es el más espontáneo y natural de los poetas, y ha vivido y escrito

en el siglo XIX, me parece que no puede decirse que es poeta épico en el mencionado sentido. Pero, en cambio, Zorrilla, más que lírico y más que dramático, es épico á la manera que en su siglo podía serlo, esto es, prestando bellísima forma á singulares casos conservados por tradición, ó á lances y sucesos que tienen más de legendarios que de históricos, y que no valen para argumento de una epopeya, si bien son como residuos y dejos de una verdadera poesía épico-popular, evaporada y disipada antes de tomar forma inmortal y perfecta en tiempo conveniente. Zorrilla, en suma, no es ni pudo ser el poeta de la epopeya; pero pudo ser y fué el poeta de la leyenda ó del cuento popular fantástico, en cuyo género no tiene rival que le supere.

Ora conservadas en la memoria del vulgo y de viva voz transmitidas, ora casi olvidadas y perdidas entre las páginas en prosa de un viejo libro de devoción, ora referidas en romances vulgares, apenas hay leyenda de Zorrilla cuyo asunto, tan hermozeado por él, haya sido por él inventado. Con mayor erudición que la que yo poseo y con diligencia y espacio mayores, bien pudiera buscarse y manifestarse aquí la filiación de cada una de las leyendas de Zorrilla, citan-

do los libros en que han dejado señales de su paso, y subiendo hasta su origen, tal vez fuera de España y hasta tal vez fuera de Europa, en remotos países de donde emigraron, transfigurándose al venir al nuestro, y rodeándose de circunstancias locales que las hiciesen enteramente castizas. Así, por ejemplo, hallamos la historia de *Margarita la Tornera* relatada en el *Quijote* de Avellaneda, y hasta en las *Cantigas* del Rey Sabio, á mediados del siglo XIII; en el romance del estudiante Lisardo, y en las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, de D. Cristóbal Lozano, el fundamento de *El capitán Montoya*, á quien en lo más sustancial viene á acontecer lo mismo que al D. Félix de Montemar, de Espronceda; y los amores de Doña Luz, y nacimiento de D. Pelayo, en los *Reyes nuevos de Toledo*, del ya citado D. Cristóbal Lozano, y en el cronicón del moro Razis. Allí se ve de qué suerte el restaurador de nuestra católica Monarquía fué arrojado al agua á poco de nacer, y salvado luego del agua por un alma caritativa, coincidiendo en todo ello con el propio Moisés, y también con el Doncel del Mar, ó dígase Amadís de Gaula. Hasta en los cuentos de *Las mil y una noches*, mediata ó inmediatamente, va el poeta á to-

mar algo para los suyos; pero todo se españoliza no bien él lo toma.

Es muy digno de notarse que lo sobrenatural de las leyendas de Zorrilla suele ser derivado. Hasta donde lo consiente lo nebuloso y esfumado de cada narración, lícito es asegurar que los agentes supremos de cada uno de los milagros que en dichas leyendas se refieren, no intervienen ellos mismos en la acción, sino que hacen los milagros como por delegación y valiéndose de un objeto material, obra de los hombres, y en el cual ha venido á infundirse la potencia taumatúrgica. El fervor entusiasta con que el artista ha formado la imagen, y la amorosa devoción y la profunda fe con que la venera y le rinde culto la muchedumbre, ponen sin duda en la imagen, por permisión y con beneplácito del cielo, la virtud y el gérmen del caso prodigioso que en determinado momento se verifica. No es el mismo Verbo de Dios, sino el simulacro que le representa, ó sea *El Cristo de la Vega*, quien presta declaración en favor de Inés de Vargas en *A buen juez mejor testigo*. De la misma suerte otra imagen de Cristo viene, ante la presencia del rey Felipe II, á dar testimonio de que D. Germán de Osorio ha sido muerto á traición. El cru-

cifijo de la Antigua es *El testigo de bronce*. Otro crucifijo que estaba en un nicho, en una callejuela de Madrid, es quien descubre el crimen de Juan Ruiz, transformando la cabeza de ternera que siete años después lleva el asesino bajo la capa, en la cabeza del amigo á quien á traición había dado muerte. Y, por último, otra devota imagen del Redentor, desprendiendo el brazo de la cruz en que está enclavado, detiene, asiéndola por los cabellos y preguntándole con aterradora voz «¿dónde vas?», á la enamorada y sacrilega monja Beatriz, que se disponía á fugarse del convento con el heroico y simpático bandido D. César, héroe protagonista de *El desafío del diablo*. Hasta en *Margarita la Tornera*, más bien que la misma Reina de los Ángeles, es una imagen suya, á quien la monja tenía fervorosa devoción, la que obra el extraño milagro de indulgente condescendencia. El fantasma que representa á Margarita en el convento mientras ella está ausente, más bien debemos creer que es una creación, animada y movida por el poder milagroso que reside en la imagen, que no la misma Madre de Dios en persona.

Cuando no es una imagen de piedra, de barro, de leño ó de bronce la que hace el

milagro, el agente suele quedar invisible, y sólo se ve y se cuenta el caso prodigioso. La causa se presume, mas no se determina, aunque es casi siempre ó de un orden inferior ó de condición aviesa. Animas del Purgatorio, más maleantes que piadosas, parecen ser, pongo por caso, las que dan al capitán Montoya el tremendo espectáculo de sus propias exequias; y son diablos sin duda los que, no contentos con apoderarse del alma del alcalde Ronquillo, sacan su cadáver de la sepultura y se le llevan á los profundos infiernos por un agujero que abren en la pared.

Todas estas leyendas son la viva representación de la España del antiguo régimen, que iba á desaparecer para siempre. Los sucesos sobrenaturales que en dichas leyendas se refieren tienen gran valer poético, y Zorrilla le realza y saca de él mucho partido. Y no carecen tampoco de verdad ó de verosimilitud estética. Basta para ello que la mayoría de las personas en cuyo tiempo se realizó el prodigio fuese capaz de creer en él á pies juntillas, tal vez después de haberle instintiva é inconscientemente inventado. Lástima es que el poeta, sin que se lo exija nadie, manifieste á menudo su escepticismo; dé por cierto ó recele al me-

nos que es mentira lo que refiere, y asegure para disculparse que él gusta más de la mentira que de la verdad, y que lo que importa al que escribe poesías es pasmar ó divertir á los lectores. La *misión* de que en otros muchos lugares nos habla el poeta, queda así harto rebajada.

La verdad es que Zorrilla sería uno de los primeros poetas del mundo si su fácil y rara elocuencia y si su rica y poderosa imaginación hubieran estado acompañadas y movidas por fe, por esperanza ó por ferviente amor, aunque fuese desesperado, por algún objeto de interés general, por algún concepto transcendente, ó por algún propósito grande de religión, de filosofía, de progreso, elevación y ventura del linaje humano, ó siquiera de regeneración y engrandecimiento de su patria.

No quisiera yo menoscabar en lo más mínimo la gloria de Zorrilla; pero, si he de ser justo, no veo que ninguna de las cosas precitadas muevan su pluma ó desaten su lengua cuando canta.

Quizás para comprender bien á Zorrilla se necesitaría estudiarle harto más detenidamente y por completo examinando su rica labor dramática, donde sus miras y fines pueden aparecer más claros;

pero de esto no nos incumbe tratar aquí.

Por el solo examen de sus versos líricos y de sus leyendas no atino yo á descubrir dichos fines y dichas miras, si es que fuera del arte mismo los tuvo. En la práctica, Zorrilla me parece el más decidido partidario del arte por el arte. No presume de didáctico, ni apenas es lo que llaman ahora *tendencioso*. Hasta en su cristiandad me atrevo yo á notar, más que fervor religioso, doctrinas y preceptos de una nueva escuela literaria: de la poética entonces al uso: la afirmación de que lo sobrenatural cristiano y de que las ceremonias, procesiones y efigies de nuestras iglesias ofrecen y prestan más recursos á la poesía que las divinidades y pompas del paganismo.

Lo cierto es que no implica muy honda firmeza en la fe el empleo de cosas y de seres divinos ó semidivinos para máquina y adorno de los poemas. Virgilio, en mi sentir, no creía en prosa en nada de cuanto se refiere en verso y ocurre de prodigioso en la *Eneida*. Ni entiendo yo que Catulo tuviese mucha más religión que Lucrecio, sin que esta falta le estorbase escribir el *Epitalamio de Tetis y Peleo*, donde los dioses se mezclan con los mortales á la luz del claro día, y el hermoso episodio de Ariadna,

abandonada y furiosa, cuando el dios Diti-rambo, rodeado de bacantes y de sátiros, acude á consolarla en Naxos y se la lleva en triunfo.

El entusiasmo de Zorrilla, *mutatis mutandis*, puede ser muy bien por el mismo estilo. Y prueba de ello es el que muestra por el Paraíso de Mahoma en el hermoso cuento oriental que sirve de introducción al poema de *Granada*. Alah y sus ángeles se identifican en su imaginación con Jehová y sus celestiales cohortes. Y nunca ensalzó más Zorrilla á ningún héroe cristiano, que al muslime Alamar *el Magnífico*, primer rey granadino de la dinastía nazarita. Ni Júpiter, ni Venus, ni Apolo saludaron nunca más lisonjeramente á héroe ó príncipe gentil, que el ángel que surge del fondo del agua saluda á Alamar, pronosticándole venturas más altas que las que pudo lograr Alejandro ó César, y diciéndole en nombre de Alah:

Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde la cuna está:
Y el dedo omnipotente,
Sobre tu noble frente

Grabó la regia marca
Que á conocer te da.
Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu voz es la victoria,
Tu voluntad ley es;
Tu tiempo es infinito;
Tus huellas, indelebles;
Los montes son endebles
Debajo de tus pies.

Acasó se censure en Zorrilla que sus héroes sean sobrado matones y burladores de mujeres. Se diría que por donde ellos andan es difícil que quede hombre de armas tomar con vida, y gentil doncella con corazón y con honra. Ya Moratín acusaba de esta falta á nuestros antiguos dramaturgos, diciendo:

No es más que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladrón de charpas y jifero.

Yo entiendo, con todo, que Zorrilla en este punto está más en lo cierto que Moratín.

No sé por qué se me figura, y Dios me lo perdone si es mala figuración, que no es un señorito circunspecto, dócil y juicioso, como el coronel D. Carlos de *El sí de las niñas*,

quien ha de acometer atrevidas y grandes empresas y darles término dichoso. Será desgracia, pero el verdadero é histórico Hernán Cortés se parece más á los insolentes personajes de Zorrilla, que al varón circunspecto y grave que Moratín imagina. El mismo Francisco López de Gomara, capellán y familiar del conquistador de Méjico, dando razón á los dramaturgos, nos le pinta como ellos le pintaban: «Travieso cuando muchacho; muy dado á mujeres, á las que se dió siempre; lo mismo hizo al juego, y jugaba los dados á maravilla. Era recio porfiando, y gastaba liberalísimamente en mujeres y en antojos; y era celoso en su casa y atrevido en las ajenas, condición de mocero.»

Es, por último, de advertir que no se puede justificar lógicamente la intervención del cielo ó del infierno para reprimir ó castigar las fechorías de un personaje, si el personaje no es invicto y si sus fechorías no son enormes. Lujo supérfluo es el *convidado de piedra* en el *Don Juan Tenorio* de Molière. Para tenerle á raya bastaba un duro é irritado ganapán con un buen garrote. Indispensables son las monstruosas hazañas del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, para que la estatua del Comendador se

nueva con fundamento, hable y acuda al convite.

En resolución: Zorrilla no es profeta, ni apóstol, ni entusiasta divulgador de ninguna nueva doctrina, ni trasciende su poesía á nada que esté fuera de la poesía misma. Es, según él se describe, el trovador errante que anhela con sus canciones deleitar y hechizar al pueblo, y que va de puerta en puerta, por ciudades, castillos y quintas, ofreciéndose á cantar de amores para solaz y agrado de las damas, y de hazañas antiguas para halagar el orgullo de los magnates.

Comprendido de esta suerte nuestro poeta, apenas tiene rival en el mundo. Yo no descubro su antecesor legítimo en España, aunque sí veo los difusos elementos que han contribuído á formarle. Y no descubro tampoco sucesor posible, por igual estilo, forma y manera, aunque hayan vivido en su mismo tiempo, y después de él, no pocos egregios poetas que, siguiendo otros caminos, han conquistado también inmarcesibles laureles, y de los cuales trataremos en adelante, aunque sea con mayor concisión de la que convendría y por modo más somero y rápido del que ellos merecen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

Desde mediados del siglo XIX en adelante, la afición á la poesía se entibia en nuestro público, y en ocasiones se convierte en desdén y menosprecio. A esto concurren varias causas que ya procuraremos indicar. Y con todo, á pesar del mencionado desdén, la producción poética no disminuye. En cantidad sigue siendo grande, aunque hartamente mal estimada y pagada. Y en lo tocante á la calidad, se nos figura que no desmerece de la de los tiempos mejores, aunque sobre ello sea difícil é inseguro el juicio por la proximidad y mezcla confusa de los objetos sobre los cuales ha de dictarse.

A menudo, en torno de las más hermosas y magníficas catedrales se construyen no pocos casuchos ruines y deformes que impiden la vista del majestuoso y espléndido conjunto del monumento. Para verle bien y comprenderle y juzgarle, es menester una previa tarea algo desapiadada. Echar